

RØ LØ SØ Arauco No. 20**ARITMOSOFÍA: SIMBOLISMO DEL
NÚMERO (1)**

El número, sus transformaciones, evoluciones, propiedades y simbolismo han sido fuente de fascinación para incontables generaciones de filósofos, esoteristas y científicos. Es, en su universalidad, uno de los pocos puntos de contacto entre tradiciones divergentes como la ciencia positiva y la ciencia sagrada.

O al menos, eso parece: porque el “número” de los cabalistas no es, ni con mucho, el de los físicos. Éste está despojado de simbolismo, de contenido efectivo; opera, de hecho, en virtud de su generalidad y abstracción. Aquél, por el contrario, depende en grado sumo de los Principios que gobiernan el conocimiento tradicional y a los que sirven de puerta y guardián al propio tiempo. Nada hay en la aritmosofía, la ciencia oculta de los números, que recuerde a la “función” matemática (tal como la definiera Frege); nada hay de casual, contingente o variable en los números que maneja el ocultista.

Como tampoco hay nada de azaroso en lo que al simbolismo se refiere.

La aritmosofía (que no la numerología, nombre con el que se conoce sólo una parte de aquella, la relacionada con el poder oracular del número y el nombre) parte de cuatro tradiciones emparentadas pero diferentes. En primer término, las especulaciones pitagóricas y más tarde platónicas en torno al Número como idea: “todo está ordenado conforme al Número”, afirmaba Pitágoras. Este “número” no era la cifra vulgar de los cálculos cotidianos –cuyo empleo y manipulación, la aplicación a “los objetos enumerables”, conformaban una disciplina totalmente distinta, la logística– sino la *esencia* del número, sus secretos y sus relaciones con sus congéneres. Así como el cosmos seguía un orden numérico, expresable en términos de *proporción*, así la música, los elementos, los seres y la conducta humana debían regirse por este fundamental *equilibrio*, esta *armonía* del “como es arriba, es abajo”.

Además, los pitagóricos consiguieron asignar un *carácter* a los fríos y descarnados números, en virtud de un doble movimiento típico de la tradición esotérica: por un lado, elevarlos al plano de lo abstracto, lo invariable y lo eterno; por otro, asignarles ciertas propiedades fundamentales de origen místico. Gracias a ellos sabemos que la línea vertical es impar y masculina y la horizontal par y femenina; que el 4 (en forma de *tetraktys*) encierra y anticipa la decena, y ésta la totalidad de lo existente.

Aprendemos también –y esto es tan fundamental que subyace a la numerología aun hoy en día– que la suma sirve para *reducir* una cifra a su “raíz esencial” (siempre entre uno y diez); raíz que condensa el sentido metafísico último. (Dicho sea de paso, el esoterismo reconoce valor indiviso solamente a estos primeros diez guarismos; y, ocasionalmente, a una reducida e irregular colección de valores superiores: la docena, el trece, el setenta y siete).

La gnosis, segunda fuente de la aritmosofía, nos lega la *gematria*: el arte de combinar cifras, números, letras y palabras en pos de su significado simbólico. Los griegos usaban como cifras las letras de su alfabeto; algún genio anónimo, dando un paso más allá, reparó en que tal sustitución podía invertirse y emplearse con fines mágicos y criptográficos. A cada letra corresponde un dígito; una palabra equivale a una serie de números; la suma, o *raíz*, oculta el significado esotérico de un texto. Por ejemplo, Cristo, para los gnósticos, era 801, porque era el *alfa* (1) y el *omega* (800), llevados a su "raíz esencial" por medio de la suma pitagórica. Así se comparaban los valores de diferentes palabras para constatar su equivalencia mística; y se descubrían mensajes de la Divinidad en los lugares más recónditos e inesperados. En línea con su herencia neoplatónica, el lenguaje hablado y escrito devenía un disfraz de los Principios universales y eternos; un disfraz que el adepto podía disipar mediante el conocimiento gemátrico.

Más o menos por la misma época, influidos por los gnósticos y rebelándose contra la rigidez doctrinaria de la Torá, los místicos judíos desarrollan la quitaesencia del esoterismo hebraico: la *Cábala* (que significa "tradición"). Recuperan para ello una antigua leyenda apócrifa. Dios (se nos dice) creó el mundo mediante su Palabra; mas ¿en qué *idioma* lo hizo? ¡Evidentemente, en hebreo, la lengua del pueblo elegido! Por consiguiente, quien dominase los misterios del hebreo, dominaría el poder divino –y, a la postre, la Creación. (De éste delicioso malentendido se nutre el poema de Borges, *El Golem*).

En el alfabeto hebreo, las diez primeras letras se usaban como los dígitos; la undécima, *caf*, equivalía al 20; la duodécima, *lamed*, al 30, y así sucesivamente. La Cábala asoció cada una a un Nombre divino y a un símbolo, desde *alef*, la Voluntad, hasta la última, la Recompensa. Escribir se transformó en jugar con estas Potencias inmutables y ubicuas; a ellas -la Causa inefable del Universo- pretendía el cabalista aproximarse a través de sus cálculos.

El colofón de la Cábala era el conocimiento de los Nombres de Dios, de antiguo sagrados e impronunciables; el *tetragrammaton* de cuatro letras (que preside uno de nuestros Templos), el de cuarenta y dos letras transmitido sólo a los iniciados, y el sacrosanto de setenta y dos letras que terminaba con *kadosh* repetido tres veces. Eran conjuros de tal potencia que su uso se reservaba a situaciones solemnes, en las que toda suerte de ritos protegían al oficiante; cuando se usaban en la vida profana se los eludía por medio de la alusión. De aquí el sentido del segundo mandamiento, "no tomarás el Nombre de Dios en vano".

Los cabalistas originaron con sus especulaciones una especie de *lógica simbólica*, de estructura combinatoria y material matemático. Uniendo los primeros diez números, representantes de las *sefirot* ("las ideas por las que el Pensamiento divino se hace principio de una Creación posible"), de todas las maneras posibles, se obtenía el conjunto de potencialidades de la Creación. (A los cabalistas debemos la intuición, crucial para el Renacimiento, la ciencia hermética y el resurgir de la hermenéutica contemporánea en las ciencias sociales, de que el Universo es un texto que podemos leer si contamos con la clave).

Los autores cristianos no tardaron en apropiarse de esta formidable herramienta simbólica. Raimundo Lulio la llevó a extremos inimaginables en su *Arte de encontrar la verdad*; figuras de la talla de Agustín compartían la certeza de que "desconocer el sentido de los números es exponerse a no comprender una multitud de cosas consignadas figuradamente en las Escrituras". Preguntas como "¿por qué ayunó el Señor durante *cuarenta* días?", "¿por qué hay que perdonar *setenta veces siete*?" devinieron primordiales para descifrar el mensaje cristiano. Así, el simbolismo tradicional, que de los griegos había pasado a los gnósticos y de ellos a los cabalistas, se acrecentó al acoger los sentidos que de las Escrituras podían colegirse. Seis es el número de días que tardó la Creación; y el doble de tres, el Dios trino -a su vez, incomprensiblemente, producto y emblema del

Uno al que todo retorna. Tres regalos trajeron los Magos; tres veces se invoca al Señor en la eucaristía ("Santo, santo, santo"); tres veces reniega Pedro.

A ésta, su versión particular de la aritmosofía, bautizaron los teólogos de *matesa* (mezcla de matemática y metafísica).

La Mas., con Pitágoras, reduce el número al *orden* universal y trascendente del que emanan todas las manifestaciones relativas y limitadas. Así, la Unidad y la Multiplicidad se representan, respectivamente, por el *delta* que preside el Templo en el Oriente y las dos Columnas que lo franquean al Occidente.

Este Orden, los planos y trazados de nuestro G.: A.: D.: U., se expresa en los Principios eternos de los que la década, tanto pitagórica como cabalística, es la cifra y emblema. Quien conozca esta década, las *sefirots* que Aquel a Quien no se Debe Nombrar empleó para manifestar el Universo, conocerá su lugar en la existencia y podrá convertirse en buen arquitecto de su propia vida a *plomo* con los diseños del G.: A.: D.: U.; será, en la catedral de la sociedad (que se extiende no en el espacio sino en el tiempo), un ladrillo sobre el cual podrán colocarse más y más elementos hasta alcanzar la perfección y la completud. No en vano se afirma que la Mas. es en definitiva una progresiva iniciación en la Ciencia de los Números, la intelección de lo Nouménico, lo Eterno y lo Ubicuo.

Hoy, de la aritmosofía queda sólo la numerología, humilde vástago. Pero cuando el apostador elige su billete de lotería sumando las cifras de su nombre; cuando una pareja celebra sus bodas de plata; cuando nos atribulamos por alcanzar una nueva década de vida; cuando un adivino nos receta una piedra, un color y un aroma en base a nuestra fecha de nacimiento, están repitiendo, para usos profanos y despojados de todo valor, milenarias costumbres de inspiración esotérica.